

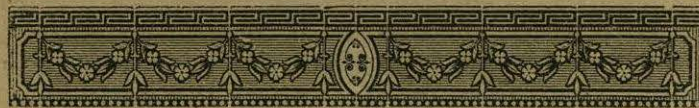
SERMON

PREDICADO

POR EL SR. PREBENDADO LIC. D.

FRANCISCO NIETO.





Non fecit taliter omni nationi.

Ps. CXLVII. 20.

No hizo favor igual á otra nación.

Salmo 147 v. 20.

ILLMO. SR:

HERMANOS MÍOS:

Es de todos conocido el grande objeto de la presente solemnidad. Como todas las tradiciones, la de María Santísima de Guadalupe corría tranquila y silenciosa por entre nosotros, alentando la fe de nuestra Patria, consolando sus dolores y dilatando sus esperanzas de felicidad. Mas un día se levantaron algunos espíritus duros y rebeldes y pusieron en duda lo que tantas generaciones habían asegurado. Los Obispos de México, guardianes incorruptibles de la fe y de las santas tradiciones de la Patria, quisieron entonces levantar un monumento, que á la vez que testificase la fe de nuestros padres en este prodigio, asegurase á nuestros pósteros la sinceridad de nuestra fé y de nuestro amor. Pero juzgando

que eran poco duraderos los mármoles y los broncees, pensaron levantarlo en el corazón del pueblo, y por la mano del amor. Para ello recurrieron á la Iglesia de Cristo, único poder que alcanza á penetrar en el corazón de Dios y en el de los hombres, y solicitaron la concesión de un nuevo oficio eclesiástico en que se hiciera relación exacta del prodigio guadalupano.

El oficio divino no es el acto de cada uno de nosotros, es el de la humanidad unida á Cristo, y hasta pudieramos decir identificada con él, que rinde á Dios un culto admirable y digno de su grandeza.

Contiene además y hace que nazcan en nuestro corazón y salgan de nuestra boca, los actos todos que sabe el amor arrancar de las almas.

Como éste nace de la percepción íntima de una belleza que nos ha herido, nada le es más natural ni deseado que traer á la memoria y recorrer una á una las dulces perfecciones que le han dado vida y publicarlas y engrandecerlas delante de todos. Mas esto es alabar, hermanos míos, y por esto la alabanza es el primer acto del amor. Y en el oficio divino, nosotros alabamos á Dios, cantando sus perfecciones, no con palabras venidas de boca de hombre ni originadas de corazón humano, sino enseñadas por el mismo Dios y salidas de sus divinos labios.

Cuando se trata de Dios, la alabanza necesita convertirse en adoración, porque adorar es reconocer una grandeza, y es imposible que

al fijar nuestra vista en Dios, no percibamos su grandeza, sin límite su poder infinito y su amor sin medida. Así el amor necesita adorar; y adoramos, en efecto, en el oficio divino.

En él, además, recordamos los beneficios que á Dios debemos, ya por haber comunicado sus dones á unos hombres hermanos nuestros y haberles exaltado, y de esta suerte habernos dado modelos que imitar en la tierra, y en el cielo intercesores pederosos y solícitos; ya por haber derramado sus beneficios en los pueblos y naciones. De esta manera, el oficio divino excita nuestra gratitud y nos hace prorrumpir en hacimientos de gracias, actos también que nacen del amor que ha recibido favores.

Así, pues, actos de alabanza, de adoración y de gratitud á Dios por habernos concedido por Madre y por Reina á la que es Madre suya y reina del cielo, y por haberla hecho descender de su trono de gloria, para poner en nuestra Patria el de su misericordia: he aquí, hermanos míos, el monumento grandioso que el Episcopado Mexicano acaba de levantar á la memoria de la aparición de María Santísima entre nosotros. Cualquiera otro hubiera sido muerto como las materias que lo formarían, éste es el único vivo como los corazones de que nace; cualquiera otro hubiera podido consumirse por el tiempo, éste es imperecedero como el amor que á todo sobrevive!

Encargado de dirigiros la palabra en esta ocasión solemnísimas ¿qué otra cosa puedo hacer, hermanos míos, sino contemplar con vosotros el favor insigne de la aparición en Mé-

xico de María de Guadalupe, y ver cuán justamente se dice de nuestra Patria, que á ningún pueblo ha hecho Dios lo que á élla le ha hecho, ya por las circunstancias de la misma aparición, ya por los beneficios que de ella se han derivado?

Comprendo, hermanos míos, que serían necesarios los encantos de la elocuencia y la persuasión amorosa de la santidad, si había de correponder al entusiasmo de vuestro corazón y á la grandeza de María, la palabra que salga de mis labios; y confieso con ingenuidad que no soy ni elocuente ni santo; pero una voz para mí querida y venerada, cuyos deseos son órdenes que me complazco en obedecer, me puso en este lugar.

¡Oh Reina! ¡oh Señora! ¡oh Madre mía! Si para atraer sobre mí tus favores no tengo que ofrecerte ni las ternuras de la elocuencia ni los deliquios de la santidad, te ofrezco el mérito de la obediencia. Acójelo benigna, y derrama sobre mi alma el favor de tus misericordias.

Ave María.

Non fecit teliter omni nationi.
Ps. CXLVII. 20.

No hizo favor igual á otra nación.
Salmo 147 v. 20.

PUSO Dios en las almas, hermanos míos, como necesidad de su naturaleza, al mismo tiempo que como principio de ventura, la inclinación á buscar el amor; y antes de que

pudieran aspirar á conseguir este dulce objeto de todas sus tendencias, colocó en torno suyo seres que, movidos por amor, les brindasen con el don de sí mismos.

Él llamó la ternura de la madre junto á la cuna del niño; hizo que en los umbrales de la adolescencia se colocara el noble amor de la amistad; al lado del hombre, para que le siguiese en su triste peregrinación sobre la tierra, puso el santo amor de los esposos, y quiso que, aun sobre el sepulcro, velara dolorido el amor que sobrevive á todas las desdichas.

Mas todos estos amores que acompañan al alma y la sostienen mientras dura su destierro, no son sino ecos lejanos del amor eterno que no se desdeña de enlazar con misteriosos vínculos de caridad, el cielo y la tierra, y que nos llama á la posesión de aquel Amor infinito, que inmortal por su esencia, comunica la inmortalidad á todo aquel que enciende en su divino fuego. De esta suerte, hermanos míos, aunque relegados á un punto del espacio, viviendo una vida llena de miserias sobre este planeta, que es en el universo como un átomo perdido, y lejos de la mansión en donde se ostenta en toda su magnificencia el esplendor de la eterna vida, sabemos sin embargo que no somos extraños á los felices habitantes del cielo, que en aquella mansión de gloria, de inmortalidad y de grandeza, somos también amados; y que por un prodigio de bondad, desde antes de los tiempos y las cosas, hemos ocupado un lugar distinguido en el corazón de Dios: *In charitate perpetua dilexi te. (Ier. XXXI. 3.)*

Dios, que movido por el amor, ha salido de su eterno reposo para comunicarse á las criaturas, estableció como ley universal este grado afecto, y quiso que todos los seres uniesen unidos entre sí por el mismo lazo que los une al Creador; ó por mejor decir, determinó que todas las criaturas fueran á Él, ayudándose entre sí con un amor recíproco. Aquí resulta, hermanos míos, que nosotros, últimos quizá, de los seres inteligentes, hallamos en el cielo seres perfectos con una perfección verdaderamente divina, que sin elevación sea un obstáculo para llegar á nosotros, se conducen de nuestras miserias, y llenan su gloria en manifestarnos que nos aman.

Que esto sea la verdad, lo dice el mismo Dios en la Escritura, ocupándose frecuentemente del amoroso ministerio de los ángeles y por aquella palabra que no puede engañarnos sabemos que el Señor ha encargado á los espíritus celestiales la guarda y ayuda de los hombres.

Ni se limita á esto nuestra dicha: sobre toda jerarquía, más grande y más perfecta que los ángeles, el Señor ha querido colocar á su inmaculada Madre; y como el amor de Dios se manifiesta por sus dones, sobre la Virgen Santísima ha querido derramar todo género de gracias, siendo una de ellas el amor á los hombres.

María, pues, nos ama: la santa creencia de este amor soberano, es el fundamento de todas nuestras esperanzas, y los días más venturosos de la Iglesia son aquellos en que

la santa Virgen se ha dignado favorecer á los nombres con alguna manifestación de su amor maternal. Mas ¿cuál es el tiempo, cuál la ocasión en que María no se haya mostrado amante de maternales sentimientos hacia los hijos de Adán? Puede decirse que no hay un lugar sobre la tierra en donde no se eleve un Santuario á la Madre de Dios, como testimonio permanente de algún favor recibido, ni existe corazón cristiano en donde no brote la gratitud hacia la Bienhechora universal, ni labios que no la alaben y le tributen diariamente tiernas y amorosas acciones de gracias; porque, á imitación de Dios, abre sin cesar su mano para llenar de bendición á todo viviente.

Por dicha nuestra, no es México la nación que ocupe el último lugar entre las que se glorían de haber atraído las miradas bienhechoras de la misericordiosa Virgen, y por esto llega todos los días hasta su trono de gloria una palabra que parte de nuestro suelo, y que es al mismo tiempo alabanza que solamente nosotros podemos tributarle, tierna y rendida acción de gracias por un beneficio hecho sólo á nosotros, expresión que resume una historia de maternal amor, y que obligará por lo mismo su generosidad en beneficio nuestro. Bien conocéis esta palabra, porque ha llegado á ser nuestra gloriosa divisa: *Non fecit taliter omni nationi*, (Ps. CXLVII. 20.)

¿Quién podrá olvidar aquella página de gloria que guarda el más amado de nuestros recuerdos, que con la elocuencia avasalladora de los hechos nos habla, no de glorias humanas

que pasan y se desvanecen, sino de una gloria y una honra que proceden de Dios y elevan ante sus ojos á los pueblos? Bien sabéis que hubo un día en que la Reina de los ángeles, presentándose con las señales de la mujer gloriosa del Apocalipsis á los ojos atónitos de un fervoroso neófito, dirigió en la persona de él á nuestra nación entera palabras de inefable ternura, dándole repetidas veces el nombre de *hijo muy amado*; y luego, como si algo significaran para ella nuestros humildes dones, se dignó pedir que se le edificase un templo, en donde estaría siempre cerca de nosotros y tendría á su vista la raza tan amada por ella; y pasando adelante en su dignación singularísima, confirmó la verdad de su presencia, grabando su dulce imagen en tosco lienzo, y permaneciendo de esta suerte á nuestro lado. El suelo santificado por el contacto de su planta virginal le pertenece desde entonces, y suyo es el corazón de los hombres que lo pueblan.

¿Quién hallará palabras, hermanos míos, para decir de una manera digna toda la bondad, todo el amor, toda la ternura que nos muestra la Santísima Virgen María, en este hecho verdaderamente singular con que se ha dignado favorecer á nuestro pueblo? ¿Qué nación ha tenido la dicha de que sus hijos todos puedan contemplar el purísimo rostro de la Madre de Dios, no ya como le vieron los apóstoles y los primeros cristianos, sujeta á las penalidades de la vida presente, sino impasible, inmortal y gloriosa, como está en el cielo haciendo la eterna alegría de los bienaventurados, llena de los indefinibles esplendores que recibe de

Dios mismo, y teniendo con su divino hijo una plenísima participación de su inefable gloria?

Es cierto que más de una vez ha pasado por la tierra la Santísima María como una bendición de Dios á las naciones que ama; pero de ningún pueblo puede decirse con tanta propiedad como de México: *radicavi in populo honorificato*, porque aquí no ha pasado, sino que está de asiento; y por más que, si queréis, ante los hombres formemos la última de las naciones, tenemos el derecho de decir que para María somos los primeros y más amados: *non fecit taliter omni nationi*.

Diríase, hermanos míos, que siendo tal nuestra dicha y habiéndonos de tal manera exaltado el amor de María, procuraríamos no sólo no poner en duda el portentoso que nos lo asegura, sino guardarlo con exquisito cuidado y defenderlo de quien quisiera arrebatarnos tesoro tan preciado.

Pero por desgracia ha habido quien lo niegue. Y desde luego la impiedad, porque es un milagro, y á sus ojos son inadmisibles los hechos de este género.

Mas ¿por qué nosotros los cristianos, que estamos acostumbrados al milagro, habíamos de poner en duda el amor de nuestra Madre, ya que por dicha podemos decir que conocemos los secretos de su corazón inmaculado? ¿No es el amor, hermanos míos, aquella santa energía que vence toda dificultad y salva todo obstáculo para llegar á su fin?

El amor divino no retrocede ante el milagro

cuando trata de salvar á los hombres; por el contrario es el milagro un carácter distintivo de su acción. El primero de todos los actos de Dios para levantar á la humanidad degenerada, es un milagro que sólo puede concebirse por su divina mente y ejecutarse por su infinita virtud; un portento no interrumpido fué la vida de Jesucristo en medio de los hombres, y con otros milagros confirmó su doctrina y ganó la inteligencia y el amor de las generaciones.

Más tarde, cuando retiró de la tierra su presencia visible y encomendó á sus discípulos la continuación de su obra de convertir á las gentes y atraerlas al seno de la Iglesia, les armó de la virtud de hacer portentos, dándoles sobre toda criatura un dominio verdaderamente sobrenatural; y los pueblos más enemigos de la nueva doctrina, doblaron su cuello al yugo de aquellos hombres, que realizando la palabra del Salvador, *hablaban lenguas desconocidas, é imponían sus manos sobre los enfermos devolviéndoles la salud y la vida, y burlaban la saña de sus enemigos bebiendo el veneno sin que les causara daño alguno*, Marc. XVI. 17 et seq.

Este divino poder, que brota de fuente fecundísima, corre por todo el cuerpo de la Iglesia naciente como la sangre que le da vida; y durante los primeros siglos, según el testimonio irrecusable de la historia, el milagro era en la Iglesia un hecho de todos los días y de todos los instantes. El hizo que las naciones quemaran lo que por muchos siglos habían adorado, para recibir en su seno la fé de Jesucristo.

Siendo esto así, hermanos míos, ¿por qué cuando escuchaba México por primera vez la voz de los discípulos de Cristo, y con inaudita docilidad abría su corazón á aquella palabra santa, no había de ser testigo del milagro? ¿por qué solamente aquí Ntro. Señor había de dejar su obra sin el sello que la dá á conocer? ¿quién pudo atar sus manos ó cerrar su corazón á la generosidad, para que no nos diera lo que dió siempre á todos los llamados á su divino banquete?

Era pues conforme al modo de producirse en el mundo la acción divina de llamar las naciones á la fé, que entre nosotros viniera acompañada del milagro, como una huella luminosa de la mano de Dios. Y si he de decir todo mi pensamiento, convenía que el Señor se especializase con estos sus nuevos elegidos, los últimos llamados al reino de su gracia, y que obrase en su favor alguna maravilla nueva también y singular; ya que de sus divinos labios habíamos escuchado aquella promesa que tendrá siempre el más exacto cumplimiento: *erunt novissimi primi* los últimos serán los primeros y los más favorecidos por la divina bondad.

De aquí, que aquello mismo que escandaliza á los impíos y los hace levantarse contra esta verdad, es para los creyentes lo que aviva y confirma su fe, y lo que, despertando en el corazón la confianza en el Dios liberal y magnífico, les lleva confiados y sin resistencia á los brazos del Padre Celestial.

Y por esto creemos que el Señor después de

haber agotado sus dones, si así puede decirse, con los antiguos pueblos, al llegar el instante de nuestra vocación, como si entrara en consejo consigo mismo y buscara en los tesoros de su liberalidad alguna nueva maravilla nunca hecha á ningún pueblo, le sugirió su amor que el don nuestro fuese algo de lo íntimo de su corazón; y entonces nos concedió á su Santísima Madre por madre y por soberana, y por camino, luz y guía dulcísima que nos llevara á El.

Mas, no solamente la impiedad se ha atrevido á atacar esta creencia tan grata para nuestro corazón, sino que, por una aberración incomprendible, ha tenido enemigos que fingiendo tomar á su cargo los intereses de Dios, no se avergüenzan de militar en las filas de los que le atacan. Una falsa ciencia, orgullosa y soberbia, admitiendo la posibilidad del milagro, ha querido sostener que el de la aparición no puede probarse con documentos inconcusos, y así, que nosotros los creyentes adoramos un mito, y nos gloriamos de un sueño de imaginaciones enfermizas. ¡Ah! y nadie olvidará que cuando nuestros venerables pastores, movidos por divino instinto, solicitaban de la Santa Sede una concesión, por mil títulos justa en favor de nuestra creencia, los pretendidos sabios de nuestro país interrumpiendo con nota disonante el concierto de la Iglesia Mexicana, hicieron llegar hasta la cátedra de San Pedro, no el acento suplicante de la fe que vacila y va á buscar la verdad en su fuente, sino la negación procaz, fruto amargo de odio satánico á las obras de Dios, deseosa de arrancar si le

fuera posible, de los corazones mexicanos la fe dulcísima en el amor de nuestra Madre.

¿Por qué esos hombres no tuvieron en cuenta que hay un fundamento de la verdad, sólido y firme como aquellas rocas que resisten sin conmoverse el embate de las olas; y en el cual se apoya cuanto la historia de los pueblos ha venido recogiendo para salvarlo de la ruina en sus inmortales páginas? ¿Por qué no quieren ver el esplendor luminoso de la tradición y precipitándose insensatos por caminos tortuosos, cierran sus oídos á la voz de las generaciones que con el acento magestuoso de la verdad han rendido durante tres siglos el más irrecusable testimonio que se puede encontrar sobre la tierra?

Si el hecho que nos ocupa no contara en apoyo más que con la tradición, esto sólo bastaría para imponerse como verdadero, porque no es posible desconocer la fuerza de semejante testimonio.

En el seno de la familia, el hombre lo recibe todo por tradición: ¿quién nos dijo los nombres de nuestros antepasados? ¿cómo sabemos los sucesos prósperos ó adversos de nuestro linaje, las relaciones que ligaron á nuestros progenitores con la sociedad en que vivimos, el punto en que vieron la luz, y en una palabra, todo lo que nos marca un lugar en el mundo y nos rodea de las condiciones propias de nuestra vida individual? ¡Ah! que para conocer estas cosas, no nos mandaron nuestros padres á registrar viejos archivos, ni abrieron ante nuestros ojos ningún libro que relatara

tales hechos; sino que, desplegando sus labios con la sinceridad de la virtud y la autoridad del amor, nos refirieron desde nuestra niñez cuanto ellos habían visto, y cuanto en ellos depositaron á su vez aquellos de quienes recibieron la vida. Cuando más tarde salimos al mundo llevando en nuestro pecho como cosa santa este depósito, del cual depende nuestra suerte, hallamos confirmadas las verdades que lo forman, por el consentimiento de nuestros conciudadanos, por la voz de nuestro pueblo, quizá por documentos escritos de indiscutible autoridad.

Mas la patria no es otra cosa que una gran familia, cuyo carácter tienen principalmente las sociedades que comienzan á formarse; ella guarda con fidelidad inquebrantable y transmite de una generación á otra los hechos que determinan su suerte; y no hay poder ni ciencia, ni preocupación por enérgicos que se supongan, que puedan alterar lo que han visto mil testigos y han escuchado siempre invariable multitud de oídos.

Jesucristo, con ser la Sabiduría Eterna escogió para transmitir su doctrina este fidelísimo agente de la tradición, y aunque pudo como Moisés dejar consignadas sus divinas enseñanzas en un libro escrito de su mano, ó grabarlos en monumento indestructible, como grabó el pueblo egipcio sus antiguas glorias en sus pirámides seculares, le bastó el testimonio de la generación que escuchó su palabra, y su santa Iglesia pudo nacer y conservarse por la tradición.

No de otra suerte en México; la portentosa

aparición de María es un hecho sólidamente apoyado en no interrumpida tradición cuyo principio es el consentimiento de todo un pueblo, formado de dos castas enemigas entonces, en donde, por lo mismo, era imposible que no naciera la contradicción, si no se hubiera tratado de un suceso patente y manifiesto, público por su naturaleza, y bajo todos aspectos innegable; y tanto es así, que los más ardientes enemigos que hoy niegan su verdad, no encuentran en su apoyo un solo testimonio contemporáneo del milagro.

Salida de aquella purísima fuente, sigue luego la tradición su majestuosa carrera, manifestándose de tiempo en tiempo con mayor energía en los innumerables monumentos que va dejando á su paso: ya son los tiernos y sencillos cánticos con que los mexicanos celebraron el acontecimiento memorable de la traslación á su primer santuario, de la Santa Imagen de María, y que en su delicada ingenuidad hacen el más exacto relato de las circunstancias de que la Santa Virgen quiso rodear su aparición; no falta en ellos, ni la descripción del lugar, ni las palabras que pronunciaron los amantes labios de nuestra dulce Madre, ni las ingenuas contestaciones del neófito feliz elegido por la divina Señora para ser su mensajero; ni la prudente reserva del Pontífice que como fiel defensor de la verdad, emplea toda solicitud para asegurarse de ello; ni su reconocimiento al favor celestial cuando aparece á su vista la seña inegable de la mano de Dios.

Ya los innumerables testimonios rendidos cuando los pedían las circunstancias, por va-

rones de santidad reconocida, por hombres de todas condiciones, verídicos y graves. Ya, en fin, como la voz elocuente de los siglos y de la fe que no se engaña, los templos levantados en honor de la celestial Aparecida por las generaciones que vieron su faz y oyeron su palabra. Mas ¿para qué cansarnos en buscar el testimonio de los hombres, si Dios mismo se encargó de alzar en nuestros corazones el monumento divino del más santo y del más celestial de los afectos? ¿Pues qué, á la luz de la fe no significa nada el amor con que guarda nuestro pueblo como la más valiosa joya del hogar, la imagen de María de Guádalupe, y el santo empeño que muestra la familia cristiana en hecer vivo y animado su recuerdo, imponiendo su nombre á la más amada de sus hijas, y la ardiente plegaria que se alza sin cesar de todos los puntos de nuestro suelo, y tantas y tantas manifestaciones de un amor que no puede egendrarse sino por Dios, ni puede conservarse sino por Aquel que trajo la verdad á la tierra para que los hombres le abrieran su corazón y le colocaran en lo más íntimo de su alma?

Esta dulce creencia, hermanos míos, ha sido corroborada por el testimonio magistral del arte que tuvo también una palabra elocuente para confundir la ingratitude y la ignorancia, en esta cuestión para nosotros de tan vital interés.

Hace casi un siglo y medio que fueron convocados para examinar como jueces de probada competencia, el portentoso lienzo que veneramos, hombres cuyas obras son hoy mismo

admiración de los artistas y objeto de viva codicia, y ellos dijeron á la faz del mundo, que la materia adoptada para grabar la santa imagen, era precisamente la que jamás habría elegido el hombre que deseara confiarle una obra destinada á ser un modelo de belleza; que no hay memoria de que en una misma producción se hayan unido nunca géneros de pintura tan diversos, por no decir tan enemigos entre sí, como los que en apariencia concurren á formarla; que parece haberse buscado de intento la manera de hacer imposible su ejecución, excluyendo aun los recursos más elementales que con ineludible necesidad debe contar todo artista; que se encuentran aglomerados los problemas más difíciles de resolver, aun con todos los secretos del arte, acerca de la luz, del colorido, del dibujo mismo; y á pesar de todo esto, los más versados tienen que confesar la singular perfección y arrebatadora hermosura de nuestra Reina. Y con la conciencia del maestro que hable confiado en su ciencia, al mismo tiempo que con el entusiasmo del fervoroso creyente, atribuyeron esta obra á la mano del Todopoderoso, viniendo de esta suerte el arte mismo á convertirse en servidor sumiso de la fe.

¿Y no se comprende, hermanos míos, que es preciso cerrar voluntariamente los ojos á la luz para no ver á Dios en esta imagen, cuando después de tres siglos somos testigos de su conservación maravillosa, á pesar de lo delesnable del lienzo que la sostiene, á pesar de la falta absoluta de precaución, que quizá por voluntad del Altísimo se ha tenido siempre para

evitar que se destruya, no obstante las destructoras condiciones del clima en que se encuentra y de la atmósfera que la rodea?

Para nosotros es un hecho puesto fuera de duda, que la misma Soberana Virgen, así como de un modo enteramente sobrenatural y milagroso, hizo allá en el principio el legado inestimable de su imagen santa, así también ha seguido empleando su divina virtud para conservar su don en medio de nosotros.

Sí, es la verdad, las pruebas todas de la historia humana nos aseguran en la certeza de nuestra fe, y Dios mismo ha añadido para confirmarla, la autoridad soberana de su poder manifestado por milagros. Después de esto podemos exclamar con la doble ternura de nuestro amor á la Patria y de nuestra gratitud y amor á María: *Non fecit taliter omni nationi*, no hizo favor igual á otra nación; porque á ningún otro pueblo ha concedido por Abogada, Reina y Madre, como le ha concedido al nuestro, á su santísima Madre.

De este favor, como de fuente inagotable han nacido otros, que obligan igualmente nuestra gratitud y ponen más de manifiesto la singular predilección con que ha distinguido Dios á nuestra Patria. Son tantos, que no bastarían para ennumerarlos los límites de este discurso; por lo cual consideraremos sólo dos, que son á mi juicio los principales y más fecundos: el establecimiento y la conservación de la fe en México.

*
*
*

El sapientísimo Vicario de Dios sobre la tierra, con una sola frase llena de elocuencia, acaba de decir, hermanos míos, cuanto yo pudiera expresar hoy en medio de vosotros relativamente á los beneficios que la Sta. Virgen María de Guadalupe ha dispensado á nuestra Patria: oigamos esas palabras de nuestro inmortal Pontífice: "Conocemos, dice, cuan estrictos son los vínculos con que aparecen siempre unidos los principios y progresos de la fe cristiana entre los mexicanos, con el culto de esa divina Madre, cuya imagen, una admirable Providencia hizo célebre en su mismo origen." Meditadas estas expresiones, nos dan á conocer, hermanos míos, los grandes beneficios que trajo á nuestra Patria la aparición de la Santa Virgen.

¿Qué obra, en efecto, más difícil que la de desarraigar del corazón de México la falsa religión á que estaban íntimamente ligados los intereses de la nación entera? Profundamente arraigada en las masas, regía y daba forma á todos los actos de la vida en el seno de la familia, constituyendo por decirlo así su modo de ser más íntimo; y por esa especie de instinto religioso de que los hombres no pueden prescindir, era para aquellas gentes un objeto de amor, más querido que su propia vida, adheridos como estaban á ella con todo el entusiasmo de un fanatismo que no discute ni busca la verdad, sino que sacrifica todas las cosas por el ideal que desde la infancia lo sedujo.

A esto se unía el esplendor del poder, que apoyado en la religión empleaba á su vez, en defensa de ella misma, todos los recursos de una autoridad nacida igualmente de la misma religión; y con dificultad habrían podido distinguirse en aquellas sociedades primitivas los intereses religiosos de los nacionales.

Y no era esto solo; bien sabéis que nada logra abasallar al hombre con dominio más absoluto, que las pasiones robustecidas por una larga complacencia con sus tendencias desordenadas; ellas tienen la funesta virtud de oscurecer el juicio recto de la inteligencia y enervar la voluntad, llegando á ser, desbordadas, la única luz que guía los pasos de sus víctimas, y la sola energía que mueve sus acciones. Se ha dicho que la pasión es, en el hombre dominada por ella, fuerza y debilidad al mismo tiempo: fuerza que lo impele á cuanto complace lo bajo y grosero de su ser; debilidad que lo hace entregarse desarmado en manos de sus enemigos. Y todas las depravadas pasiones de nuestro ser encontraban su sanción, ó diré mejor, su insentivo más poderoso en la idolatría, que santificaba el culto de los más depravados apetitos.

¿Quién no ve, hermanos míos, hasta qué punto era difícil la empresa de desarraigar de la nación, de la familia y de cada uno de los individuos el falso culto sostenido por tantos y tan vigorosos poderes unidos en su defensa?

La historia nos muestra el ejemplo del imperio romano, para no citar otro, convertido de la idolatría por los discípulos de Cristo; pe-

ro nos muestra al mismo tiempo que la grande obra no fué consumada sino después de tres siglos en que aquel coloso llenó el mundo de sangre antes de dejar caer del capitolio sus falsas divinidades.

Y sin embargo, en México era preciso hacer que hombres ignorantes y apasionados, que pueblos enemigos de la Religión de una raza usurpadora á sus ojos, y aborrecida de muerte, adoptasen aquella misma Religión que los despojaba de costumbres, de gloria y de delicias, y sólo les ofrecía en cambio las santas humillaciones de la Cruz, y las amarguras de la abnegación.

El mundo ha visto que Dios tiene en sus manos y comunica á los hombres una virtud que ha vencido siempre las poderosas resistencias que se oponen al reinado de la verdad; tal es la virtud del sacrificio. El maestro por excelencia de la doctrina salvadora es Jesucristo, y ya veis que la hizo triunfar en la Cruz por el sacrificio de su vida. Desde entonces, cuando ha querido que nuevos pueblos le conozcan y le amen, les envía hombres contagiados de lo que el Apóstol llama *la locura de la Cruz*, quienes implantan el reino de Jesucristo al precio de su sangre y de su vida; y hoy, las naciones adoradoras ya de Jesucristo y reconocidas al gran don de la fe, veneran todas al Fundador de su Iglesia coronado con la diadema del mártir.

Mas ¡ah! que el Señor no quiso que se manchara nuestro suelo con la sangre derramada por enemigos de sus enviados. Depositó, es ver-

dad, en almas de santos misioneros el espíritu del sacrificio, y ellos dejaron más allá de los mares cuanto amaba su corazón y hacía la dulzura de su vida, por amor á Cristo; pero El no quiso sin embargo que su sacrificio fuera consumado, y así como después de conocida la obediencia generosísima de Abraham, mandó un ángel que detuviera su brazo en el instante que lo alzaba para quitar la vida á su hijo así tuvo para nuestros padres en la fe, un enviado celestial, que apartase de ellos la cuchilla antes que cayera sobre su cuello. Mas, ¡oh sorprendente amor de Dios para nosotros! en México no será su enviado un ángel como en los tiempos de Abraham, sino la encargada de esta misión salvadora, será la misma Soberana Reina, á quien alaban los ángeles; Ella santificará con su presencia la nueva porción del escogido rebaño; Ella será la prueba más segura de la palabra nueva que se hace escuchar en México; Ella será, si así podemos decirlo, como una palabra amorosa que, brotando del corazón de Dios, ganará por sí misma sin dolor y sin sangre, las inteligencias y los corazones de un pueblo por mil títulos felices. Y nosotros vemos hoy, hermanos míos, realizada por los misterios del amor, aquella grande obra de destruir la idolatría y asentar el Cristianismo sobre las sólidas bases, que tan amargas lágrimas y tan profundos dolores han costado en otros pueblos!

¡Qué hermoso espectáculo ofreció al mundo la nación mexicana desde el momento que por voluntad del Altísimo fué la porción predilecta María, y cuán admirablemente se difundió

en los pueblos la verdadera fe! No parecía sino que aquel fervor primitivo de la Iglesia de las catacumbas resucitaba en nuestro suelo, con todo el vigor de una nueva planta que en suelo fértil y bajo cielo benigno, extiende sus ramas por el espacio para llenar la tierra! Es que el Hijo de Dios ha convocado á sus bodas, y la casa del Padre Celestial se llena por los que han oído el divino llamamiento, atraídos por la belleza incomparable, por la ternura y el amor de nuestra bondadosa Madre.

Mas es preciso volver los ojos, hermanos míos, á un espectáculo que aunque llena de dolor el corazón de los fieles de Cristo, despierta en ellos, sin embargo, la confianza y aumenta la gratitud hacia nuestra Protectora celestial.

La Iglesia, que no es otra cosa sino Jesucristo incorporado á la humanidad y viviendo en ella vida dolorosa, está destinada á pasar por las vicisitudes de todo lo que ha sido puesto en manos de los hombres; y si, como Jesucristo, tiene sus momentos de transfiguración gloriosa, en que deslumbra al mundo con los esplendores del Tabor, llegan también para ella días de persecución y de prueba, en los que sube con su Divino Esposo la terrible colina del Calvario.

Largo tiempo después de haber nacido el Cristianismo en la sociedad formada por dos pueblos convertidos de enemigos en aliados, veló sobre él con solicitud diligente un poder extranjero, que á la luz de la historia deja con esto expiados sus extravíos, cualesquiera que hayan sido. El mundo antiguo, después de ser

desgarrado en su seno por el cisma y la herejía más fatalmente fecunda, lo era por la impiedad, que nacida de la más profunda corrupción, devoraba las sociedades que la engendraron, y echaba por tierra en su satánico furor, no solamente los altares de Cristo, sino toda majestad humana, tenida hasta entonces en veneración por las generaciones; y mientras así eran conmovidas hasta sus fundamentos naciones enteras, la Iglesia y la sociedad de México oían apenas, como eco perdido de lejanas tormentas, el fragor del combate, sin que germinaran en su seno los gérmenes de muerte, sin que la palabra de rebelión y guerra al orden y á la fe viniera á conturbarla.

Mas, hubo entonces para nosotros un momento solemne, que había de decidir de nuestra suerte, y que pudo ser el principio de nuestra felicidad, si hubiéramos sabido hacer buen uso del don que Dios nos concedió. Nuestra Patria, desligada de España, formó por sí una nación; fuimos independientes, y como el hijo que sale de larga tutela, entramos en el uso amplísimo de todos nuestros derechos. ¿Qué hará entoces México de su religión? ¿Qué suerte correrá la fe y qué lugar vendrá á ocupar en el orden recientemente creado? ¿Fieles á su vocación, los pueblos que llevan en su seno el ardor de la vida y el germen de grandiosas esperanzas, colocarán la fe como base de su engrandecimiento y como remate grandioso del edificio que van á levantar sus manos? ¿Será ella la luz que alumbre sus inciertos caminos y el viento que ha de señalar su rumbo? ¿Considerándolo como el don más valioso reci-

bido de Dios, emplearán para defenderla y transmitirle á su posteridad, sus energías y sus desvelos?

Muy pronto se encargan los hechos de contestar á estas preguntas. La propaganda anticatólica detenida por tanto tiempo á las puertas de México, invade en un día el sencillo país, objeto de su ambición; y el error se empeña en secar con su hálito de muerte la vena purísima de la verdad. Ávido de ciencia como del más preciado tesoro de la tierra el nuevo pueblo oye que los propagandistas de doctrinas impías dan este venerado nombre á sus doctrinas; despierto apenas á la vida y deslumbrado ante las encantadoras quimeras de engrandecimiento, se le dice que la impiedad es el progreso; y en la absurda negación de Dios, y en la insensata apostasía, y en la guerra á la fe de nuestros padres, se hacen consistir las más gloriosas conquistas de los pueblos cultos.

Como si esto no bastara, la pureza de costumbres es combatida al mismo tiempo, trayendo de lejanos países el refinamiento de que han rodeado sus deleites todas las concupiscencias; y la belleza, el arte y la cultura de nuestro siglo, sirven entre nosotros de auxiliares á esta empresa de destrucción y de muerte, siendo su concurso tanto más eficaz cuanto que se presenta con aquel insentivo de la novedad, al que tan difícilmente pueden resistir los hombres. Tiemblan los buenos por la suerte de México á vista de tantas seducciones, ya que el ejemplo de la defección de otros

pueblos cuya fe se perdió después de haber arraigado en ellos por más de mil años, daba lugar á fundados temores de males sin cuento que para las almas preparaba el porvenir. ¿No había abandonado la Alemania las banderas de Cristo á la voz disolvente de un apóstata? ¿no se olvidó de su glorioso pasado la Inglaterra, la Isla de los Santos, para seguir el ejemplo de un rey lividinoso y obedecer sus bárbaros decretos? La Francia misma, baluarte y refugio secular de la fe de Jesucristo, no acababa de dar el más espantoso ejemplo de una incredulidad sangrienta y cruel, seducida por los mismos filósofos que sentaban sus reales en medio de nosotros? ¿Qué habría de suceder con nuestra Patria, en donde se presentaban, no uno, sino todos los errores del antiguo mundo, á donde venían juntas como escuadrón terrible, todas las seducciones que han extinguido siempre la fe de los pueblos, y no en la niñez, digámoslo así, sino jóvenes, robustas y acostumbradas al triunfo?

Nuestra Iglesia contaba siempre con el porvenir, porque sabía que si en el orden de las cosas humanas todo le era contrario, había quien velara por ella desde el cielo, y que aquí mismo se alzaba como fortaleza inexpugnable el santuario que guarda, como talismán precioso, la Imagen de María; y confiaba en su Reina, y ponía en su dulce y vigilante Madre toda su esperanza. Y ya lo veis, la lucha ha sido encarnizada y larga; pero los enemigos de Dios no pueden gloriarse de haber alcanzado el triunfo: después de tantos años de combates, y en medio de tantos enemigos; bur-

lando todas las leyes de la historia y todas las esperanzas de los malos, nuestra Patria cree, cree en Jesucristo como el primer día, en El funda todas sus esperanzas, y en los días de amargura y de dolores porque va atravesando, su mayor consuelo es esa misma esperanza!

He concluido, hermanos míos, y no me resta más que abandonaros á vuestros propios sentimientos de gratitud y amor á nuestra Santa Madre; pero quiero antes deciros una palabra que reanimará la confianza de vuestro corazón, y encenderá más vuestro amor á María Santísima de Guadalupe. Por más triste que sea el estado de la Religión en nuestra Patria, y aunque se levanten enemigos terribles para arrancársela, la fe de Cristo nunca se extinguirá en México. Y no creais que profetizo; me apoyo en la voz autorizada del Pontífice Romano; él nos dice en un documento que es prenda de esperanza, que "estemos íntimamente convencidos, de que mientras se mantenga la piedad y devoción á la Virgen María de Guadalupe, la fe católica durará entre nosotros en toda su pureza y estabilidad" Y hoy, por una providencia especial, toma mayor firmeza y más se extiende el amor á María, con ocasión del acontecimiento por siempre memorable que venimos á celebrar. ¿Por qué, pues, no hemos de creer que es esto un presagio venturoso de una era de triunfo para nuestra fe? ¡Sí, nosotros queremos creerlo, y esto es nuestro consuelo y nuestro estímulo; crecerá de día en día nuestro amor hacia Ella, y palparemos que los dones de su efica-

císimo patrocinio redundarán, cada vez más abundantes, en beneficio de la salud y paz de nuestro pueblo! Esta es nuestra esperanza, y la veremos realizada, y por ella la bendeciremos eternamente en el cielo.—Amén.



OBSERVACIONES

DE

UN LECTOR IMPARCIAL

A LA CARTA DEL SR.
D. JOAQUIN GARCIA ICAZBALCETA
CONTRA LA

Apárición Guàdalupànà.



Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.



MEXICO.

—
IMPRESA GUADALUPANA DE REYES VELASCO,
Calle del Correo Mayor número 6.
1896.